

La creación de la argentinidad en tiempos de modernización estatal

“Es un sentimiento, no puedo parar...”. El canto popular que inunda las canchas de fútbol cuando compete la selección nacional cobra un vigor inusitado en proporciones directas a la importancia de la competición en ciernes. Así, cuando cada cuatro años llega el tiempo del mundial de fútbol se comienza a observar en las calles una proliferación de camisetas, banderas, gorros y atuendos que denotan la proximidad de los partidos. Sin dudas, el deporte ha logrado en estos tiempos sintetizar lo que es la pasión por “ser argentino”. Antropólogos sociales y sociólogos se han encargado de desentrañar cuáles eran las pulsiones que despertaba este sentir nacional por medio del fútbol. En este ensayo nos proponemos abordar esta problemática en otro escenario temporal como fueron los años de conformación de la Argentina moderna, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, en la provincia de Buenos Aires. Seguiremos tres registros de lectura para abordar los intentos de construcción de una identidad argentina por parte de la clase dominante: la conformación de un relato histórico consensuado, la presencia estatal a través de la institucionalización de la escuela primaria y el imaginario del gaucho como figura notable en la definición de un estereotipo nacional.

Como ya lo han demostrado los científicos sociales, suponer la existencia de una identidad argentina esencial o inmanente no resiste el menor análisis. La argentinidad, como tantas otras identidades, se torna inasible puesto que está conformada por la confluencia de un largo período de construcción cultural y social que trasciende a menudo a la voluntad de sujetos u organizaciones para desarrollarse a partir y a pesar de las intencionalidades promulgadas. Si en este ensayo otorgamos un papel central a las propuestas y directivas del Estado y las clases dominantes para idear un contorno identitario, no escapa a nuestro entender las problemáticas que tenía el despliegue concreto en la sociedad tanto de las políticas de Estado como de los idearios culturales de la elite. De este modo, entender que hay un “ADN argentino” tal como lo retrató el título de un libro que confeccionó el periodista Jorge Lanata en un intento fallido por comprender la historia argentina, se torna tan ingenuo como quietista o, en el peor de los casos, reaccionario. Esto último debido a que esta idea conlleva que no debería realizarse ningún esfuerzo por intentar modificar las

pautas sociales en las que vivimos puesto que si están en el ADN no existe la posibilidad de cambiarlas. Por su parte, la ingenuidad devendría del hecho de pasar por alto los objetivos que buscaron quienes activaron los momentos germinales de los rasgos centrales del abanico de referencias que conforman la identidad de una sociedad. Justamente, en este ensayo queremos detenernos en uno de esos momentos poniendo especial atención en los tres tópicos que señalamos y que, a nuestro entender, aun con su pliegues y derivas, trascendieron su época.

La invención de la Argentina

El 25 de Mayo es el cumpleaños de la patria. La mayoría de los argentinos no dudaría en dar por cierta esta afirmación. Así se lo han enseñado y así lo han repetido. ¿Siempre fue así? Por cierto, los bonaerenses que vivieron la Revolución de Mayo comprendieron inmediatamente que algo novedoso estaba sucediendo. Algo tan novedoso como había sido unos años antes la expulsión de los británicos que invadieron la ciudad de Buenos Aires, o la resistencia ante un nuevo intento de invasión un año después. También había generado convulsión el cambio de Virrey que había encumbrado a Santiago de Liniers en lugar de Rafael de Sobremonte, y todavía mayor revuelo había traído el intento del Cabildo de derrocar a Liniers el 1° de enero de 1809. Es decir, se vivían tiempos agitados. Sin embargo nadie suponía el 25 de Mayo de 1810 que estaba viviendo el nacimiento de un nuevo Estado llamado Argentina. Fueron los historiadores, mucho tiempo después, quienes se ocuparon de imputar a esta fecha una serie de atribuciones que premoldeaban una configuración histórica ubicada sin reparos como el punto de partida ideal para la concepción de país que creían necesaria para su época. Veamos entonces cómo fue el surgimiento de este relato histórico tan perdurable.

La historiografía argentina coloca a Bartolome Mitre en el centro de la escena cuando se aborda este período histórico en el cual los historiadores generaron una idea de la Revolución de Mayo como piedra basal de la Argentina. Este bonaerense, que había vivido su infancia en Carmen de Patagones, no fue el único en plantear estas ideas pero sí el más representativo. Su obra constituyó una referencia ineludible para la producción

históriográfica posterior, tanto para seguir sus premisas como para refutarlas. La influencia de la obra de Mitre no puede comprenderse cabalmente si no se releva su trayectoria política como miembro fundamental de la clase dirigente de la época. Había sido uno de los líderes de la revolución que el 11 de septiembre de 1852 dio comienzo al período en el que Buenos Aires se mantuvo separada de la Confederación Argentina. Luego, cuando se produjo la unificación en 1862 fue el primer presidente de la nueva Confederación. Yendo a su obra en historia, vemos que en 1854, en una primera edición de la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, se concibe a la Revolución de Mayo como el corolario de un designio claro de un grupo ilustrado local. Sin embargo, sería en una edición posterior, en 1876, cuando Mitre añadiría un primer capítulo donde tomaba forma la idea central de concebir a la Argentina desde tiempos remotos e incluso anteriores a la misma Revolución de Mayo. En ese capítulo se rastrean en distintos planos los pilares de esa argentinidad que, según Mitre, adquirió cuerpo en las Invasiones Inglesas y dio lugar a la Revolución de 1810. De este modo, afirma Mitre,

...al empezar el año de 1810, la Revolución Argentina estaba consumada en la esencia de las cosas, en la conciencia de los hombres y en las tendencias irresistibles de la opinión, que hacían converger las fuerzas sociales hacia un objetivo determinado. Ese objetivo era el establecimiento de un gobierno propio, emanación de la voluntad general y representante legítimo de los intereses de todos.

Hay que destacar que en la obra de Mitre, Buenos Aires estaba llamada a ser la región de vanguardia y por tanto la usina de esa argentinidad relegando a otras regiones. Lógicamente su condición de político porteño enfrentado a la Confederación había sido clave en la ponderación de la centralidad de Buenos Aires. Asimismo, es importante señalar que la introducción del capítulo inicial que profundizaba en la tesis de la preexistencia de la Argentina no se puede comprender sin remarcar que, por entonces, la clase dominante comenzaba a percibir con preocupación la llegada de numerosos inmigrantes, postulando la necesidad de consolidar un sentimiento de nacionalidad unívoco, que entendían fundamental para la construcción de consenso social. De este modo, la presencia de un relato que enaltecía las virtudes de la Argentina y demostraba la inmanencia de la argentinidad incluso desde tiempos remotos, se presentaba como una respuesta adecuada

ante la urgencia que azuzaba el temor de la elite que no dudaba en atribuir potencialidades disolventes a la heterogeneidad cultural que se vivía sobre todo en las grandes ciudades.

Estas preocupaciones siguieron presentes en el seno de la oligarquía gobernante y se pueden rastrear en distintos escritos. Uno de los más citados ha sido la obra de José María Ramos Mejía. Discípulo de Vicente Fidel López pero con un marcado positivismo a cuestas, Ramos Mejía publicó en 1899 un escrito titulado *Las Multitudes Argentinas...*, donde es tributario de la premisa de la preexistencia de la nación pero toma como centro de estudio a un sujeto colectivo que concibe como “la multitud”. Ramos Mejía entiende a la multitud como inferior y conformada por hombres disminuidos, sin embargo también la presenta en numerosos casos como el motor de los cambios y la explicación del devenir. En el final de su escrito, no se priva de remarcar su preocupación por la multitud de su tiempo, conformada por una populosa inmigración que si bien se encontraba adormecida podía despertar poniendo reparos al orden y a la idea de Nación que la clase gobernante consideraba necesaria. Era imprescindible adoctrinar en un sentimiento nacional a la inmigración y gobernar la multitud para evitar ese temido despertar.

Los planteos de Ramos Mejía se vuelven trascendentes si tenemos en cuenta su papel de figura pública y fundamentalmente su designación como presidente del Consejo Nacional de Educación en 1908, durante la presidencia de José Figueroa Alcorta. Este cargo lo ocupó hasta 1913, un año antes de morir, y desde allí se propuso consolidar una enseñanza que ubicaba a la formación de un sentimiento nacionalista como una de sus principales premisas. Para la investigadora Adriana Puiggros el período de dirección de Ramos Mejía de la educación nacional estuvo marcado por un positivismo normalista que estaba comprometido con el nacionalismo oligárquico. Así, como veremos en el próximo apartado, la educación fue un pilar clave en la conformación de una argentinidad desde la propia conformación del Estado moderno.

De escolares y patriotas

En el período comprendido en el último cuarto del siglo XIX y los primeros años del siglo XX se produjo una expansión notable del sistema educativo en nuestro país. La sanción de

la ley 1.420 en 1884 estableció las pautas de la educación primaria, desde la edad estipulada hasta los contenidos mínimos. Si bien su ejecución fue disímil, esta legislación fue una referencia desde su sanción en adelante.

Si observamos los números que arrojan las estadísticas al respecto, los resultados son incuestionables. La expansión de la educación en Argentina fue uno de los pilares de la institucionalización del Estado. Considerando las partidas presupuestarias ejecutadas, vemos que hubo un incremento notable en términos absolutos pero también un aumento significativo en relación a otras áreas en desarrollo. Así, contabilizando la participación de la inversión en educación dentro del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública observamos que pasó de ser un cuarto de la partida en 1864 a más del 70 % en 1889, un año antes de la crisis económica.

Cuadro 1
Ejecución presupuestaria del gobierno nacional en
educación (en pesos fuertes)

Año	Instrucción Pública	Justicia, Culto e Instrucción Pública
1864	73.054	280.151
1869	392.748	723.321
1874	941.531	1.397.948
1879	856.833	1.336.597
1884	2.932.693	4.671.968
1889	7.246.076	10.161.009

Fuente: Oszlack, O. *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*, Ariel, Bs. As., 2004.

Si pasamos a relevar las cifras que indican la evolución del número de escuelas, como así también de docentes y alumnos, los resultados son igualmente categóricos. El incremento indica una multiplicación de establecimientos significativa y un aumento aún más importante de la matrícula. Además se puede apreciar una mayor presencia estatal en relación a las escuelas particulares. Esta presencia era una de las premisas que guiaba a la elite dirigente que ya se mostraba preocupada por el florecimiento de escuelas propias de las comunidades inmigrantes donde los niños seguían un programa que los vinculaba con

mayor celo a su pasado familiar que al nuevo territorio que habitaban e incluso se mantenía el idioma de origen dejando relegado al castellano.

Cuadro 2
Evolución de la cantidad de escuelas, personal docente y alumnos inscriptos

Año	Escuelas			Docentes			Alumnos		
	Fiscales	Particulares	Total Escuelas	Fiscales	Particulares	Total Docentes	Fiscales	Particulares	Total Alumnos
1880	1.279	554	1.833	2.107	936	3.043	86.724	21.595	108.319
1890	2.418	475	2.893	5.800	1.343	7.143	203.721	37.786	241.507
1900	3.269	1.183	4.452	8.635	3.101	11.736	368.822	82.425	451.247
1905	3.696	1.540	5.236	10.054	4.033	14.087	443.094	98.342	541.436
1910	5.401	1.437	6.838	16.714	4.784	21.498	603.226	120.881	724.107
1915	6.274	1.321	7.595	21.912	4.962	26.874	793.529	116.450	909.979

Fuente: Gandulfo, Alberto, "La expansión del sistema escolar argentino. Informe Estadístico", en Puiggrós, Adriana "Sociedad Civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino, Galerna, Bs. As. 1991.

En la Provincia de Buenos Aires, este proceso se vivió con igual intensidad. La Ley de Educación Común fue sancionada en 1875, allí se establecía la obligatoriedad entre los 6 y los 14 años y se buscaba unificar toda una pléyade de experiencias educativas que se desplegaban en la práctica. Su ejecución fue compleja y trajo aparejada una serie de conflictos en la definición de las autoridades burocráticas que efectivizaban su cumplimiento. El investigador Daniel Pinkasz ha señalado que se buscó, con éxito dispar, un control de dichas prácticas pero también de los contenidos que se enseñaban. Así en 1883 un informe producido por inspectores provinciales señalaba como un problema a considerar la parcial o escasa enseñanza de historia argentina en escuelas que tenían maestros extranjeros.

En 1905, atendiendo a la deserción que tenía lugar, se produjo un cambio con la sanción de la nueva Ley de Reformas a la Educación Común, impulsada por el gobernador Marcelino Ugarte. Dado que sólo el 2 % de los escolares terminaba los dos últimos años, se redujo la obligatoriedad a 4 años comprendidos entre los 8 y los 12 años de edad. De este modo se buscaba concentrar la inversión educativa y tornarla más efectiva. Además se realizaron numerosos cambios en la estructura de enseñanza y se prestó especial atención a la generación de un corpus de materias que posibiliten profundizar en la conformación de una

conciencia nacional. Para los ojos de la elite dirigente la frondosa inmigración tornaba urgente la internalización de símbolos patrios por parte de una niñez de orígenes diversos. El programa educativo de la provincia para 1906 indicaba la necesidad de una formación patriótica a través de la historia argentina y la instrucción moral y cívica agregando: “El fin de esta enseñanza es el de que los niños se familiaricen con los hechos históricos del país, aprecien el valor de nuestros prohombres e inspirarles el sentimiento por la patria”. Para algunos investigadores se buscaba así la generación de un nuevo “Homo Patrioticus”. Para ello, además de profundizar en la enseñanza de las disciplinas que mencionamos, se comenzaron a realizar prácticas claves en la transmisión de símbolos patrios como fueron los cantos del himno nacional, la veneración de la bandera -que incluía el juramento de fidelidad-, o la celebración de los feriados con la consiguiente devoción de los “héroes” patrios. El ideario de argentinidad de la clase dirigente apuntaba así a recuperar los indicios de una comunidad que se pensaría además como una nación blanca, invisibilizando a los pueblos originarios y a los afrodescendientes.

Todas estas prerrogativas no lograron por sí mismas la generación del sentimiento nacional tal cual lo intentaban realizar. Como mencionamos al comienzo, la construcción de algo tan inasible como las representaciones de identidad escapa a la voluntad de quienes se proponen intervenir activamente en dicha construcción. Así, no faltaron las voces dentro de la propia elite que indicaban incluso que las iniciativas habían fracasado. Sin embargo, estas visiones parecen ser un tanto pesimistas y el efecto de la internalización de las prácticas que se efectuaban se pudo contemplar a mediano plazo. Sin ir más lejos, podemos traer a cuenta otras latitudes donde la presencia de los inmigrantes también fue significativa pero la perduración de sus antiguas costumbres y de sus lazos identitarios fue extraordinariamente mayor que en nuestro país. Los Estados Unidos son un claro ejemplo de esto.

Muerte y resurrección del gaucho criollo

El último registro que nos propusimos analizar corresponde a la figura del gaucho criollo. Desde el exilio chileno Domingo Faustino Sarmiento escribió a mediados del siglo XIX su

libro *Facundo, Civilización y Barbarie en las pampas argentinas*, allí se conformaba un ideario que ubicaba a las ciudades precisamente como el núcleo de la civilización y al espacio rural como su contracara, usina de la barbarie. En esa descripción, el gaucho aparecía bajo estereotipos diversos pero todos ellos compartiendo los componentes de esa barbarie que el sanjuanino entendía como escollo para el desarrollo del país. Los análisis de la obra de Sarmiento han demostrado que al momento de escribir el *Facundo*, su autor se había guiado más por los escritos de los viajeros extranjeros que describieron la pampa que atravesaron, que por sus propias investigaciones o su presencia en esos parajes. Recientemente, la historiografía profesional ha generado una concepción del espacio rural muy distinta de la que conforma el sentido común histórico de los argentinos. Al parecer, la población rural estuvo compuesta durante buena parte del siglo XIX por sectores heterogéneos entre los que se contaban labradores, aparceros, terratenientes, pastores, peones, esclavos, peones jornaleros, puesteros, etc. Según estos análisis, el gaucho como tal, sujeto indómito y libre, estaba menos presente de lo que la generalidad de los argentinos se representan. Sin embargo, sí estaban presentes ciertas prácticas consuetudinarias de apropiación directa de recursos –como la ocupación de baldíos, cazar avestruces o recoger leña- que la clase dirigente comenzó a ubicar como ilegales y por tanto comenzó a perseguir a quienes las cometían. Así, para fin de siglo, con la generalización del uso de los alambrados y una mayor presencia estatal, aquellas prácticas que luego fueron asimiladas con la presencia del gaucho fueron desapareciendo. Del mismo modo también se produjo una mayor polarización en la ocupación de la tierra con un aumento de los terratenientes y de su contracara, los peones o jornaleros.

El modelo agroexportador que entró en vigencia por aquellos tiempos comenzó a poner en tensión la dicotomía que había planteado Sarmiento. Por un lado el campo comenzó a ser el pilar fundamental del desarrollo argentino y al mismo tiempo las ciudades comenzaron a poblarse con las masas inmigrantes. De este modo, tal como lo ha marcado David Viñas, hacia 1900 se produjo una inversión en la dicotomía sarmientina y la ciudad comenzó a ser un espacio de preocupación para la elite, habitada por las clases populares a las que era necesario educar. Por otro lado, el campo se volvió un símbolo de la argentinidad y un lugar clave para encontrar los tópicos representativos de la cultura nacional.

La eliminación de la posibilidad de efectuar prácticas como las atribuidas al mítico gaucho sumado al nuevo lugar que venía a ocupar lo rural fueron fundamentales para la ponderación que comenzó a realizarse de la popular figura gaucho criollo. Decimos popular porque la población en general se mostraba interesada por los relatos y las andanzas de personajes como Martín Fierro o Juan Moreira. Las ventas que habían tenido las dos partes del poema compuesto por José Hernández superaron todas las expectativas y ubicaron a su personaje como una figura tan reconocida como admirada. Por su parte, Juan Moreira, el gaucho compuesto por Eduardo Gutiérrez, terminó de volverse popular cuando el circo criollo comenzó, a mediados de la década de 1880, a retratarlo en espectáculos en los que no faltaba el fervor popular. Tal es así que en una representación de la obra en Mercedes, un miembro del público quiso vengar la muerte ficcional del personaje y se abalanzó a la pista con su puñal desenfundado para atacar al actor que encarnaba al cabo de policía matador de Moreira.

Con la inversión de las premisas de Sarmiento, la clase dirigente comenzó entonces a asimilar la figura del gaucho. Los centros criollistas hicieron lo propio en la difusión de los cuentos camperos y la ponderación del gaucho. Los especialistas en la temática no dudan en señalar como un quiebre a las conferencias que Leopoldo Lugones dictó en el Teatro El Odeón en 1913 con la presencia del Presidente de la República Roque Saénz Peña. Esas conferencias constituían un análisis del Martín Fierro con tal veneración que lo ubicaban como pieza clave en la literatura nacional.

Sin embargo, como han demostrado Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, esta revitalización del gaucho criollo no fue lineal e incluso sus atribuciones fueron disputadas por distintos sectores –desde anarquistas hasta nacionalistas- que reclamaban su herencia. El Estado terminaría de apropiarse de la figura del gaucho un tiempo después. La Legislatura de la Provincia de Buenos Aires impulsaría en 1938 la celebración del Día de la Tradición cada 10 de noviembre, día del natalicio de José Hernández y en 1948 se propondría la instalación de un monumento en la ciudad de La Plata para retratar al gaucho criollo. A pesar de su claro anclaje en el área bonaerense y litoral la figura del gaucho se volvió representativa de la argentinidad en general dando cuenta de una imposición

simbólica sobre el resto del territorio en la que no faltan excepciones como son los gauchos salteños que acompañaron a Martín Miguel de Güemes.

Epílogo

Hemos realizado un breve recorrido por tres registros de lectura de construcción de tópicos sustanciales en la identidad argentina. Las operaciones culturales que implicaron cada uno de ellos merecen lógicamente un desarrollo más extenso. Sin embargo era nuestra intención simplemente dejar en claro que la identidad argentina es producto o confluencia de una serie de intencionalidades con resultados que trascienden su impulso y se explican con mayor precisión por las disputas sociales que por los proyectos de sus impulsores iniciales. Esas disputas sociales parecen ser claves para entender incluso algunas identificaciones actuales. Así, el enaltecimiento del Centenario realizado hace unos años por los sectores que se autoidentifican con la ruralidad actual no parece contradecir la inversión de la dicotomía sarmientina que ubica al campo como el eje “civilizatorio”. En igual sentido, no es sorprendente que los espacios políticos que también veneraban al Centenario suelen ser los menos permeables a la diversidad social, en la misma vereda que las premisas educativas que repasamos en el segundo apartado. Finalmente, en el primer registro que trabajamos, el avance en la historiografía académica ha sido notable, evidenciando la enorme construcción de sentido histórico que tuvieron las premisas mitristas y la excesiva trascendencia que se ha otorgado a ciertos personajes devenidos en héroes, relegando otros análisis y grupos sociales como es el caso de la historia de las clases populares. De todos modos, estos avances no han tenido una repercusión social en escala puesto que a la tradicional historia “oficial” se le ha opuesto una historia “revisionista” (hoy devenida en “oficial”) que ha mantenido el culto a los héroes aunque lógicamente ha cambiado de figuras en algunos casos.

AA. VV. *Debates en la Cultura Argentina 2005-2006*, Buenos Aires, Emecé editores, 2007.

Cattaruzza, Alejandro y Eujanian, Alejandro, “Héroes patricios y gauchos rebeldes. Tradiciones en pugna”, en IDEM, *Políticas de la Historia Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 2003.

Fradkin, Raúl y Gelman, Jorge, (Coord.) *Doscientos años pensando la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

Gelman, Jorge, “El gaucho que supimos conseguir. Determinismo y conflicto en la historia argentina” en *Entrepasados*, Año 5, N° 9, Buenos Aires, 1995.

Puiggrós, Adriana (dir.) *La Educación en las Provincias y Territorios Nacionales (1885-1945)*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1993.

Puiggrós, Adriana (dir.) *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1991.

Quijada, Mónica; Bernand Carmen y Amd Schneider, *Homogeneidad y Nacion. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2000.